



NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

El pueblo de Dios vive en el tiempo presente rodeado de una atmósfera hostil, que por su propia naturaleza tiende a persuadir a los discípulos que renieguen de la verdad del Evangelio y abandonen a Cristo.

Como ya predijo el Maestro, los discípulos serán objeto del odio general (cf. Jn 15, 18ss) y sufrirán persecución (Jn 16, 2; Mc 13, 9ss; Mt 10,17ss; Lc 21,12ss). Y aparecerán falsos mesías y falsos profetas (Mt 24,11.23-26; Mc 13, 6; Lc 21, 8; cf. también Mt 7, 15).

Todo esto sucederá «por causa de mi nombre» (cf. Lc 21,12.17; Jn 15,21) está indicando que ya está en marcha la *tentación*: sembrar la duda en el corazón de los discípulos y provocar su caída (cf. Jn 16, 1-40), arrancarles la fe en Jesús y hacer que no sigan esperando su reino. Por eso el Maestro quiere recordarles: «*El que perseverare hasta el fin se salvará*» (Mt 14, 23; cf. Lc 21, 19 y 8, 15) y exhortarlos: «*Velad y orad en todo tiempo, para que os libréis de todo lo que ha de venir y podáis presentaros sin temor ante el Hijo del hombre*» (Lc 21, 36). «*Orad, para que podáis hacer frente a la tentación*» (Lc 22, 40.46; Mc 14, 38=Mt 26 ,41).

Jesús se pregunta: «*Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?*» (Lc 18, 8). «*La palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno*» (1 Jn 2, 14) «*Esta es la fuerza victoriosa que ha vencido al mundo: nuestra fe. ¿Y quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?*» (5, 4-5).

La realidad de la *tentación* confiere a la existencia cristiana el tinte amargo de un permanente combate; de un combate que hace que sea necesaria la intervención del mismo Dios en favor del creyente. (Cf. Ef 6, 10-12; 1 Pe 5, 9).

Qué quiere decir la palabra «peirasmós» = «tentación»; y qué queremos decir cuando pedimos a Dios que «no nos haga entrar» en una tentación.

a. «*Peirasmós*» = «*tentación*»

La ubicación de esta súplica -entre el perdón de los pecados y la liberación del mal, o del Maligno- está indicando de una manera indiscutible que se trata de un «peirasmós» entendido como incitación activa al mal ético-religioso.

No «*prueba*», sino «*tentación*»

«Peirasmós» puede significar tanto *prueba* como *tentación* (Cf. Ex 16, 4; 20, 20; Dt 8, 2; cf. 8,16; 13, 4; Sal 26, 2; 1 Mc 2, 52; Sab 3, 4-6; Jn 6, 6; Hbr 11, 17.37). La traducción debe decidirse en cada caso según el mensaje del contexto concreto.

En la petición del Padre Nuestro «peirasmós» tiene el significado de «tentación». La razón es la recomendación que da Jesús a sus discípulos la noche de su pasión: «*Velad y orad para que no entréis en tentación; que el espíritu está bien dispuesto, pero la carne es débil*» (Mc 14, 38 = Mt 26, 41; Lc 22, 40.46).

«Es una aplicación del Padre Nuestro a la situación concreta de los discípulos en Getsemaní. Además de la exhortación a «orar», a la locución del Padre Nuestro «no nos hagas caer en » corresponde aquí la locución «para que no entréis en ...».

¿Qué es este «peirasmós» que motiva la recomendación de Jesús de «velar y orar»? El contexto de Getsemaní nos lo aclara. Mientras se dirigían hacia el Huerto, Jesús había dicho a sus discípulos según Mc 14, 27 = Mt 26, 31: «*Todos vais a fallar (es decir, a tropezar y caer), porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas (Zac 13, 7) ...*» Pedro había declarado que, aun cuando todos fallaran, él no lo haría; pero Jesús le predijo que lo iba a negar por tres veces. El Maestro no pensaba en una prueba -positiva, aunque sea dolorosa-, sino en una verdadera tentación, de índole maligna, hasta el punto de hacer caer en la infidelidad a los apóstoles, e incluso al mismo Pedro.

En Lucas la acción de Satanás es evidente.: «*Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para zarandearos como al trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos*» (Lc 22, 31-32). Jesús hace saber a Pedro que en el curso de la noche su fe y la de sus compañeros correrá el riesgo de desaparecer por completo, que él mismo se alejará por un tiempo de su Maestro, que tendrá necesidad de «convertirse» y que luego tendrá que confirmar la fidelidad vacilante de sus hermanos.

El «peirasmós» que tendrán que sufrir los apóstoles la noche de la pasión, y para el que Jesús les recomienda orar y vigilar, es una auténtica y verdadera tentación organizada por Satanás, una operación insidiosa y maléfica contra la fe de los discípulos. Y ése es también el «peirasmós» de la oración del Padre Nuestro.

La «tentación» es, sobre todo, tentación contra la fe

Textos como 1 Cor 7, 5; 1 Tim 6, 9-20 y Sant 1, 13-15 contienen algunos de los que podríamos llamar componentes psicológicos del «peirasmós»-«tentación». La rebeldía de la «carne» -esa innata

fragilidad ético-religiosa que hemos heredado los hijos de Adán- nos ayuda a comprender que el mal encuentra una verdadera complicidad y un terreno bien abonado en el discípulo de Jesús. El «peirasmós» -«tentación» al que se refiere el señor en el Padre Nuestro y cuando recomienda a los discípulos que se mantengan en vela y que oren, tiene una dimensión objetiva que está más allá de la simple inclinación al pecado proveniente de la fragilidad de la «carne». Es una realidad que el discípulo experimenta dentro de sí mismo; pero una realidad cuya entidad específica es inseparable de las estructuras históricas del misterio evangélico: es una prueba de la hostilidad que encuentra el Evangelio, y define el momento y la modalidad en que esa hostilidad se materializa en la vida de las comunidades y de cada creyente.

«*Creed en el Evangelio*» (Mc 1,15): es la exigencia global que surge de la revelación del reino de Dios. Y la tentación se dirige contra esta fe evangélica. «*He enviado a Timoteo, para que se informara acerca de vuestra fe, no sea que el Tentador os hubiera tentado y resultara estéril nuestro trabajo*» (1 Tes 3, 5).

A Satanás se lo llama «el Tentador» porque es así como él ejerce su hostilidad contra el Evangelio y contra la fe del pueblo cristiano en el Evangelio de Dios. El es el «enemigo» que siembra la «cizaña» en el campo de Dios (Mt 13, 25-28), para provocar «escándalos» y suscitar «malvados» (v. 41). El «Satanás» de Mc 4, 15, el «Maligno» de Mt 13, 19, «el diablo» de Lc 8,12 es esa fuerza activa y misteriosa que trata incansablemente de «arrebatar la palabra» evangélica del corazón de quienes la han escuchado; y Lucas explica: «*para que no crean ni se salven*» (8, 12). El es también la causa del «peirasmós» que zarandó la fe de los apóstoles la noche de la pasión. Por eso Pedro advertía: «*Hacedle frente con la firmeza de la fe*» (1 Pe 5, 9).